
SAZÓN Y DESAZÓN EN LA CULTURA ESPAÑOLA

Salvador Giner
Universidad de Barcelona

RESUMEN

El presente ensayo analiza lo que el autor llama «transición cultural española», acaecida durante los últimos decenios, coincidentes con los de la vida de la *REIS*. Trátase de una transición que muestra íntimas afinidades electivas con las transiciones política, demográfica, económica y socioestructural sufridas simultáneamente por nuestro país. Se constatan en el escrito la naturaleza de la secularización, las mudanzas de actitudes y creencias, las ambigüedades de la modernización última de la sociedad española y las tendencias tanto convergentes como divergentes con el resto de las naciones europeas. También se insinúan algunos posibles rasgos del porvenir cultural español.

LA TRANSICIÓN CULTURAL EN ESPAÑA

La que vino en llamarse «transición política española», el paso de la dictadura a la democracia, dio lugar en su día a una abundante literatura sociológica. Atrajo también considerable atención en todo el mundo, dado su carácter pacífico y la presencia de no pocos componentes de notable originalidad. Tampoco faltaron estudios sobre la modernización económica del país, u otros sobre la igualmente llamada «transición» demográfica. En cambio, la que tengo para mí más profunda de las varias transiciones experimentadas simultáneamente por nuestro país, la cultural, ha recibido comparativamente menor atención que las otras. Las observaciones que siguen intentan constatar algunos

rasgos de la transición cultural sufrida por la sociedad española durante los últimos decenios, así como varias de las implicaciones que ella ha tenido para otras dimensiones de nuestra vida contemporánea.

Lo más obvio de lo acaecido con la cultura española desde la época tardo-franquista hasta hoy ha sido el acercamiento paulatino del país —con altibajos y titubeos— al orden político, económico y cultural del resto de los países europeos occidentales. Éstos distan de ser idénticos entre sí. Grandes diferencias los separan, así como separan a algunas de sus regiones respectivas. Algunas de las distancias sociales y culturales que hay entre el sureste y el norte de Inglaterra, o entre Piamonte y Lombardía, por un lado, y Sicilia, por otro, en Italia, son, por lo menos, tan considerables como las que separan a Cataluña de Andalucía, o a Galicia de las Islas Canarias. No obstante, España, en su conjunto, presentaba antaño peculiaridades que la hacían radicalmente distinta de todas las demás sociedades occidentales. Por ello, y a pesar de su pertenencia histórica, geográfica, cultural e incluso política y económica a Occidente, se llegó a cuestionar la «europeidad» de nuestro país. Tal opinión careció siempre de fundamento serio, aunque sea comprensible desde ciertos ángulos de mira. Las cosas han cambiado lo suficiente para que ya no lo sea. No obstante, España, y ello es crucial, posee rasgos de divergencia cultural —de permanencia de la divergencia, o resistencia a la confluencia con Europa— que la hacen aún esencialmente distinta.

LA SOCIEDAD ESPAÑOLA EN EL SENO DE LA MUNDIAL

España ha ido evolucionando por el tortuoso derrotero de su convergencia relativa con el resto de Europa. Ya antes de la guerra civil de 1936 se dejaban notar corrientes de acumulación capitalista, producción industrial, alfabetización, urbanización, formación de clases medias, entre otras, cuyo ritmo de crecimiento era superior al de otros países europeos. Se hubiera podido prever ya entonces una futura coincidencia o similitud de condiciones con el resto de Europa. No obstante, la guerra civil y la larga dictadura subsiguiente supusieron un freno —aunque no absoluto— a ese proceso. Ni en esto, sin embargo, fuimos distintos del todo, puesto que otros países europeos sufrieron también los daños y regresiones del fascismo, y no sólo Alemania e Italia. El franquismo mismo fue incapaz de reconducir la sociedad española hacia lo deseado por sus dirigentes: así, nuestro país siguió su lógica de modernización *en contra* de los designios arcaizantes de sus amos antidemocráticos. La España (y sobre todo la cultura española) producida por la dictadura llegó a ser exactamente lo contrario de lo que sus dirigentes anhelaban. No es que se produjeran algunos efectos no deseados, es que se produjeron precisamente los efectos no queridos opuestos a los deseados.

Así, bajo cuatro decenios de dictadura reaccionaria, entre fascistoide y clerical, se acrecentó la secularización, se promovió una transición pacífica demo-

crática, se vaciaron los campos de sus moradores bajo un intensísimo éxodo rural, se modificaron las costumbres y tabúes sexuales de la población, se abrió el país a una entrada masiva de turistas y a la salida no menos masiva de emigrantes laborales, destinados a retornar al país, y aumentó vertiginosamente el número de estudiantes universitarios, así como el de aquellos que estudiaron o estudian en el extranjero. Una cultura religiosa presa del enfrentamiento endémico entre clericalismo y anticlericalismo —por mencionar un rasgo esencial de la cultura española moderna— vio esfumarse el dilema legitimador de tanto sufrimiento: vaciáronse los seminarios y la indiferencia religiosa sustituyó antiguos fervores y estériles enconos. La faz de España que algunos habían creído perenne, inmutable, resultó ser muy otra.

Era, es, la de una sociedad europea que, como todas ellas, posee sus peculiaridades, pero que es inmediatamente reconocible como tal. La entrada en la Unión Europea, en la OTAN y en el ámbito científico, tecnológico, financiero, monetario y de transportes de la Europa occidental no constituyen un mero caparazón de apariencias bajo el que late una *felix, immutabilis Hispania*. Afectan de lleno a nuestro tejido social. Redefinen y reorientan nuestra cultura y mentalidad. Fueron incorporaciones tardías realizadas a la zaga de los rasgos de modernidad ya plenamente adquiridos por el país, por su propia cuenta, a pesar del aislamiento político a que lo sometieron antes unas insolidarias democracias occidentales, más ocupadas en los azares de la Guerra Fría que en preocuparse por el régimen despótico y cruel que algún muy competente pero benevolente sociólogo tildaría de meramente autoritario.

España entró en la red mundial de dominaciones, influencias y distribución de riqueza y capital humano de los últimos decenios del siglo XX como un país europeo de categoría intermedia. A la sazón, su crecimiento económico, desarrollo tecnológico y hasta científico (éste, en menor medida) eran ya notables. En 1995 era ya el octavo país del mundo según el producto nacional bruto. Con sus 40 millones de almas, era, en 1998, el noveno según el «índice de desarrollo humano» de las Naciones Unidas, que incluye factores como la esperanza de vida, la renta per cápita y los índices educativos. Con las debidas excepciones —inversión económica española en el exterior, exportación de tecnología nacional, ayuda a países subdesarrollados, diplomacia a veces certeramente conducida—, las cotas alcanzadas por el país en algunos terrenos no eran ajenas a la presencia de una poderosa inyección extranjera de capital o a nuestra pertenencia a alianzas con otros países y a la Unión Europea, de la que hemos sido beneficiarios netos hasta ahora. Sin embargo, es erróneo interpretar el lugar de España en el mundo como el de una sociedad dependiente a través de la cual otros países, más poderosos, reconducen su influencia. No puedo entrar con detalle en esta discusión. Debo contentarme con recordar que las interpretaciones nacionalistas del poder transnacional sirven cada vez menos.

La plena participación de España en el ámbito socioeconómico, cultural y político occidental al que desde siempre pertenecía no debe entenderse como un fenómeno peculiar y aislado. Es ahora parte de una poderosa corriente de

mundialización de las antiguas sociedades nacionales. Ello está creando nuevas fronteras de inclusión y exclusión entre diversas regiones del mundo, a la vez que levanta puentes y erosiona separaciones entre antiguos países soberanos. Con ello se va creando un distinto orden mundial de desigualdad y riqueza, de poder e influencia. De creación, distribución y consumo de cultura. Este orden naciente, muy ligado a las telecomunicaciones —a las aún llamadas nuevas tecnologías—, ignora y sobrepasa las fronteras tradicionales.

España ha entrado de lleno en esa redistribución de los recursos y dinámica que caracteriza al mundo de hoy. Si, simplificando, aceptáramos la noción de que el mundo posee hoy un núcleo industrializado y rico junto a una periferia (con variaciones) dependiente de él, pobre y relativamente incapaz de salirse de sus dilemas y condición subordinada, tendríamos que concluir que España se ha incorporado claramente al núcleo avanzado. Ha pasado, a lo largo de todo el siglo XX, de una posición periférica (más correctamente, semi-periférica) en la distribución mundial del privilegio, el poder y la riqueza a una situación central. Comparte hoy esta última posición con otros países y sin ser, dentro de ellos, ni mucho menos el más poderoso. Sin embargo, en el universo cambiante del presente, la noción misma de país «potencia» está sufriendo una rápida redefinición y, en algunos casos, hasta obsolescencia. Surgen hoy macroregiones económicas y políticas, zonas de alta tecnología, telerredeas financieras, cadenas empresariales transnacionales, y así sucesivamente. Son ellas las que, a la postre, comienzan a configurar la estructura social mundial del futuro y nuestro destino dentro de ella. No obstante, frente a esa «desnacionalización» de España como potencia independiente, paralela a su paulatina incorporación como una región autónoma dentro de la Unión Europea, es precisamente el *hecho diferencial cultural hispano* el que más se resiste a la desnacionalización. (En varios sentidos, que intentaré poner de relieve.) La cultura se perfila cada vez más como un potente recurso del país que no puede tratarse como menor ni como secundario en el orden cultural mundial, dada, para empezar, su posición clave dentro del universo hispano del mundo. La producción literaria, cinematográfica, televisiva, intelectual e incluso ideológica y doctrinal dentro de ese vasto ámbito y su situación estratégica dentro de él son indudables, aunque todo merezca un nuevo análisis, libre de ciertos prejuicios del pasado, más conservador y más humilde de lo que se solía en los juicios.

CREENCIAS, VALORES, CULTURAS

¿Pueden hacerse extensivas las constataciones sobre la convergencia e integración relativa de la economía y la política españolas con el resto de Europa occidental al mundo de la cultura, al de las actitudes morales y valores colectivos e individuales? En buena parte, sí, sobre todo si se tiene en cuenta que los países europeos difieren entre sí mucho y que, contra lo que pensaban muchos conciudadanos nuestros, víctimas de unos históricos sentimientos de inferiori-

dad, no existe una mentalidad única europea. Ningún pueblo del Viejo Continente es más racional, laborioso, democrático, civilizado que otro. Si alguien alberga alguna duda, la terrible historia europea del siglo XX —de Guernica a la invasión soviética de Praga, pasando por Auschwitz— puede ilustrarle al respecto.

Es imposible suscribir la teoría materialista de que a todo cambio estructural sigue fielmente un cambio cultural paralelo, del que sería simple consecuencia. Así, contra lo que habían propuesto antaño algunos sociólogos, el *homo industrialis* no es forzosamente el mismo en todos los países avanzados. Sociedades muy diversas —el Japón, Estados Unidos, Alemania— han multiplicado sus *homini industrialii* y, sin embargo, mantienen diferencias morales y culturales muy considerables entre sí. Lo mismo sucede entre España y los demás países prósperos. Así, los españoles han alcanzado plenamente el universo «avanzado» e «industrializado» sin haber perdido su perfil cultural propio, lo que suele llamarse su «carácter nacional», ni muchos de los hábitos, costumbres y estilos peculiares de vida. (Sobre las erosiones y mudanzas que se han producido tendré ocasión de decir algo más adelante.) En ellos hay que incluir diferencias internas de mucha monta, sobre todo lingüísticas. Éstas legitiman los varios nacionalismos étnicos hispanos y las estrategias diversas de política cultural que siguen tanto el gobierno central como los mesogobiernos respectivos.

Hay, por lo menos, cuatro ámbitos en los cuales la cultura española se ha ido acercando a la europea (suponiendo que exista tal cosa en forma supranacional) a lo largo de los últimos tiempos: el de los valores políticos, el de los económicos y laborales, el de la cultura sincrética transnacional (mal llamada cosmopolita) generada por los medios de comunicación masivos, y el de la religión y las creencias. A estos cuatro debe añadirse un quinto, y muy principal: la dimensión étnica que conforma la acusada diversidad interna de los pueblos que moran en el Reino.

a) *La cultura política.* País siempre ambivalente, la vieja España poseía un componente plenamente moderno en el ámbito de su cultura política. Liberalismo (la internacional palabra «liberal» es de origen español), socialismo, anarquismo, librepensamiento, constitucionalismo, tienen todos una larga e importante historia en el solar hispano. Mas sólo a partir del triunfo de la II República en 1931 la democracia liberal comenzó a ser asumida por una parte mayoritaria de la ciudadanía como forma legítima de convivencia. Los españoles demócratas no fueron los suficientes, sin embargo, para impedir —a pesar de una lucha larga contra el fascismo y el totalitarismo, sin parangón en los demás países europeos, en los que el fascismo venció en las urnas— la victoria de una derecha exasperada y dispuesta a aplastar para siempre la amenaza de una España civilizada.

A la postre, sin embargo, los españoles han entrado en el cauce de la democracia liberal. La inmensa mayoría de ciudadanos que, ya desde antes de la

Constitución de 1978 hasta hoy, acepta la cultura política del constitucionalismo, la legitimidad de la oposición, los derechos de las minorías y todos los demás rasgos del pluralismo es mucho mayor que en 1936, cuando estalló la rebelión militar contra la República. Ello conlleva una fuerte desradicalización de aquellos movimientos políticos que imponían ayer una tensión y crispación insoportables para el conjunto de la politeya española. La suavización de las intensidades credenciales políticas fue uno de los rasgos fundamentales en la mudanza de cultura política que posibilitó la convivencia pacífica y cívica que ha caracterizado a España desde 1977.

La penosa excepción a esta regla se encarna en *Euzkadi Ta Askatasuna*, apoyada por el partido político legal *Herri Batasuna* o su sucesor desde 1999, *Eusko Herritarrok*. Tan sólo se han producido, como sucedió en 1998, algunas señales aisladas de que ETA y el partido separatista heredero de HB, EH, deseaban entrar en la arena democrática cívica. No obstante, su vinculación con la agitación juvenil vandálica alimenta una llamada «cultura de la violencia» que recuerda pautas puramente nazis: nacionalismo fanático combinado con amedrentamiento, extorsión, intolerancia y, naturalmente, asesinato. El confinamiento de esta ideología de terror político a zonas circunscritas y a sectores minoritarios de la población vasca ha permitido, sin embargo, la continuación del predominio del marco cultural democrático liberal en todo el territorio español. Incluso en el País Vasco, la gran mayoría de la ciudadanía ha expresado una y otra vez su rechazo más explícito de la opción violenta para la solución de los problemas políticos y nacionales, en los que la cultura —cuyo rasgo más decisivo es la lengua vasca— desempeña una función crucial.

b) *Los valores económicos y laborales*. Una de las modificaciones más espectaculares en las concepciones y conducta de los españoles ha sido la de su modo de entender el trabajo y la actividad económica. Aunque los tópicos sobre el fatalismo, falta de espíritu capitalista e industrial y hasta desidia de los españoles no eran siempre fieles a la realidad, algo de cierto había en cada uno de ellos. Sobre todo en aquellas regiones del país —Andalucía, Extremadura, Castilla la Nueva— en las que la mala distribución de la riqueza y otras causas abonaban la frívola expresión de tales prejuicios. Hoy no tienen ya razón de ser. Muchas tendencias, desde la secularización a la tecnificación de la sociedad, han ido transformado los hábitos de los más recalcitrantes por la senda de la mentalidad moderna.

No quiere esto decir que las actitudes económicas predominantes hoy en Murcia, Andalucía, Extremadura o La Mancha (pongamos por caso) sean equiparables a las de Escandinavia u Holanda, y ni siquiera a las de la conurbación madrileña o barcelonesa. Lo que sí es cierto es que se ha producido un deslizamiento hacia aquellas actitudes que suelen definirse como «materialistas», o propias del «egoísmo económico», el «individualismo laboral» y hasta la «depredación legal». (Incluso, si usamos la expresión con cautela, hacia las actitudes llamadas «posmaterialistas» por parte de algunos medidores algo torpes

de las actitudes de la población.) Simultáneamente, se ha incrementado el altruismo cívico y la propensión a formar asociaciones voluntarias asistenciales o para la promoción de causas benéficas. Por lo tanto, no todo fluye en una misma dirección en el campo de la cultura pública hispana. En todo caso, el español medio (pido la venia del lector sociólogo por el uso de la expresión) confía hoy más que ayer en la capacitación profesional —por medio de la enseñanza técnica—, la promoción por el esfuerzo personal, la previsión del porvenir —seguros, ahorros, créditos bancarios, inversiones— y el esfuerzo de cada cual. La superación personal y el aprendizaje formal —la adquisición de titulaciones— se han convertido en objetivos muy comunes.

Los datos que poseemos indican que el español es hoy un ser tan ambicioso e inquieto como cualquier otro de Europa. (Aunque suele ser más reacio que los demás a trasladar su vivienda de un lugar a otro por motivos de promoción profesional. Emigrar por necesidad lo hemos hecho; movernos para medrar, ya nos cuesta más.) Esta resistencia a la mudanza se percibe negativamente en la movilidad ascendente de los españoles que trabajan en compañías multinacionales, reacios a destinos exóticos, aunque sea por períodos relativamente limitados. Al igual que sus vecinos nortños, es también, a menudo, un ser a la búsqueda de la seguridad que confiere el funcionariado o empleo público y el sindicato o gremio profesional. (A nosotros, la inclinación nos viene de lejos, sobre todo en nuestras regiones meridionales, de tierra adentro y en Galicia.) La aparición hoy en toda Europa de nuevas incertidumbres laborales y vitales fomenta esta actitud, más aún que las tradiciones nacionales.

Ambas tendencias contradictorias —individualismo adquisitivo y gremialismo proteccionista— coexisten incómodamente en España como en tantos otros países y producen entre nosotros similares efectos de desazón y hasta neurastenia. (La corrosión del fuste moral del ciudadano trabajador en condiciones de precariedad laboral nos afecta, pero no es privativa nuestra.) Droga, delincuencia, ciertas enfermedades relacionadas con ellas y marginación social son, en gran medida, efectos secundarios de esa nueva eferescencia económica que afecta a aquellas capas de la población no integrables en la corriente de intensa producción, alta innovación y fuerte competitividad de los últimos decenios, seguida por una fase de crecimiento muy bajo en los primeros años del siglo XXI.

Por otra parte, somos aún notoriamente remisos a concebir la actividad económica no sólo como fuente de ingresos propios, sino también como parte de una responsabilidad compartida: en el de nuestra contribución al erario público. No nos gusta pagar con IVA. Así, en 1999, un estudio internacional muy serio estimaba que un 25% de nuestra economía estaba sumergida, es decir, oculta a efectos fiscales. (Lo que significa que los españoles eran una cuarta parte más ricos, nada menos, de lo que rezan las estadísticas oficiales.) Sólo la italiana, con un 28%, nos superaba. La atribución de semejante actitud a las gentes de la Europa meridional no puede ya sostenerse, puesto que los belgas, con un 23%, e, inesperadamente, los mismos suecos, con un 20%, nos

iban en zaga. En todo caso, seguimos desconfiando de que nuestros impuestos sean eficazmente invertidos en la causa pública, como Dios manda. Las deficiencias suministran buenas razones a la ciudadanía para mantener su mentalidad desconfiada ante la Administración.

c) *Entre la cultura popular y la mediática.* España es, o tal vez era, uno de los países de mayor riqueza en cultura étnica —folclore, sabiduría popular, artesanía, costumbres locales— del mundo. Sus fiestas —entre las cuales descuella la tauromaquia, todo un universo de rituales y significados de incomparable complejidad pero en abierta contradicción con valores humanistas emergentes frente al reino animal—, sus ritos religiosos, refranes, danzas, juegos y competiciones populares constituían un acervo abigarrado y casi insondable de saberes y modos de vivir lo sagrado y lo profano. La briosa resistencia de los españoles a la modernización había mantenido ese acervo incólume o casi sin menoscabo hasta bien entrado el siglo XX.

Ni siquiera el legado ancestral cultural del pueblo español es capaz de resistir la tempestad mediática moderna. Prensa, radio, televisión, cine, vídeo, turismo y la comercialización general de la cultura lo han socavado ya. Ello no es privativo de España, pero su presencia prueba hasta qué punto un país, el nuestro, que parecía particularmente inmune a los embates de la modernización cultural, puede también sucumbir a ella. El hibridismo cultural, el sincretismo ideológico, el hedonismo social y el entretenimiento comercializado han penetrado a saco en la población española, como en tantas otras. Precisamente por ser tan exóticos para los demás occidentales hemos sufrido una particular degradación del propio país. Corremos el riesgo de convertirnos en parque temático al sufrir la fuerte folclorización mediática de nuestro legado étnico. Todo empezó, claro está, con nuestras propias españoladas cinematográficas y, antes, zarzueleras, mucho tiempo ha. Ha acabado en la presente calamidad.

Continúa mientras tanto el empobrecimiento de nuestras lenguas minoritarias, algunas de ellas de noble, vieja y rica tradición literaria —y en un caso, el del vascuence, de extraordinario interés antropológico—, y su subsiguiente agonía por falta de la protección decidida de unos gobiernos centrales cuyo patriotismo en estos asuntos consiste en pensar que son sólo responsabilidad de las autoridades autonómicas. Como si no fueran patrimonio común de España. Piensan tal vez que si medran tres de las cuatro lenguas hispanas amenazan la unidad de una nación que, sin duda, desean ver lingüística y culturalmente empobrecida. Como si nuestra castellana lengua no pudiera permitirse convivencias enriquecedoras con las demás españolas.

A pesar de la persistencia de las artes tradicionales —cante andaluz, tauromaquia, folclore astur o vasco, *castellers* catalanes, luchadores canarios—, es de notar su banalización mediática cada vez más acusada. La vuelta a lo tradicional, fomentada por el auge del autonomismo o del nacionalismo étnico, ha sido eficaz para la recuperación sólo cuando ha pasado por el cedazo mediático, y por lo tanto pagando el coste de su desvirtuación. La capacidad de la vida

cultural popular tradicional para aislarse de la marea sincrética mediática es más que dudosa. (O para aislarse de la política cultural gubernamental.) La posibilidad de que la vieja identidad española, tan fuertemente caracterizada, pierda no poco de su perfil tradicional es considerable. Con toda probabilidad, el siglo XXI presenciara su agonía final y su sustitución definitiva por los espectáculos deportivos mediáticos, el festival televisivo, la zafiedad plebeya instigada por los medios y demás negocios audiovisuales.

d) *La transformación de la religión.* La pérdida paulatina del perfil tradicional español depende en gran manera del alcance del gran reflujo experimentado por la religión católica en España. De 1965 a 1988, el porcentaje de católicos practicantes cayó de un 83% de la población a un 41%, aunque en esta última fecha sólo el 1% pertenecía a otras religiones. Lo que aumentó espectacularmente del año 1965 al 1988 fue la masa de no practicantes, que pasó del 15 al 40% de la población. El catolicismo español, contra lo que se ha afirmado, no es tan consustancial a la identidad nacional como lo es en Irlanda o Polonia: por lo menos desde la Guerra de la Independencia de 1808, no es riguroso identificar a España con el catolicismo. Si lo hubiera sido no hubiera hecho un bando, durante la guerra civil, de la religión parte esencial de su ideología.

El componente cultural católico sigue integrado en el acervo riquísimo de nuestros festejos, representaciones y rituales populares. La cultura o culturas hispánicas en los albores del siglo XXI siguen siendo inconcebibles sin las Semañas Santas andaluzas o castellanas, sin el *Misteri* de Elche, sin las romerías gallegas o asturianas, sin los carnavales canarios o gaditanos. Las fiestas, representaciones y ritos sacros continúan en pleno vigor. Muchos cultos —como el de Santiago o el de la Virgen de Montserrat— se confunden, además, con religiones civiles (de doble alcance étnico-local y nacional español en el caso jacobino o en el de la Virgen del Pilar) y piedades nacionalistas.

El vigor que poseen ceremonias religiosos, devociones patronales y otros festejos no puede ocultar, sin embargo, los efectos de los avances de la secularización en todo el país. (Amén de que muchos de ellos, como la Romería del Rocío, hayan sido ya mancillados por la cosa mediática.) Ha disminuido en picado el número de vocaciones sacerdotales o conventuales y ha aumentado el de ciudadanos que se declaran agnósticos. Y se ha producido lo que constituye la mayor revolución cultural experimentada por España en los últimos tiempos. Se trata de una revolución silenciosa que, por ello mismo, ha dejado de ser constatada por críticos y observadores: la desaparición del antaño arraigado anticlericalismo de muchos españoles y su sustitución por la indiferencia ante la Iglesia Católica por los no creyentes. Se trata del indicador objetivo de mayor alcance por lo que respecta a la envergadura de la transición cultural española.

Ello constituye un corolario a la creciente tolerancia a las opiniones ajenas y a la atenuación de los antiguos fervores ideológicos que solían caracterizar-

nos. Es la extinción del anticlericalismo lo que más ha transformado el panorama religioso español. Sus repercusiones en la vida política y cívica no pueden exagerarse, ni tampoco sus efectos sobre las actitudes de los mismos católicos y del clero ante su propio entorno ahora descreído. (El paralelo con la atenuación de los fervores ideológicos de antaño —comunismo, socialismo, integrista católico carlista, y demás— demuestra la existencia de notables afinidades electivas en todo el campo de la desradicalización ideológica de España.)

La rápida e intensa modernización del país ha roto la inclinación al monolitismo que históricamente llegó a caracterizar su cultura, tras varios siglos de Inquisición, primero, y dictaduras reaccionarias intermitentes, después. Aparte de los muchos indiferentes (no católicos), se han multiplicado toda suerte de religiones, sectas y cultos que iniciaron su penetración ya en los últimos años del franquismo. Algunas, como los Testigos de Jehová, han conseguido feligresías notables entre la población urbana inmigrada de las clases subordinadas, desarraigada de sus viejos y ahora lejanos pueblos y aldeas. No obstante, las iglesias evangélicas continúan siendo muy minoritarias. Por otra parte, han surgido algunos reducidos núcleos de conversos al Islam, sobre todo en puntos de Andalucía, además de sectas de todas clases en las grandes ciudades, muy minoritarias, bajo el influjo de misioneros. La importancia cuantitativa de estos fenómenos es mucho menor que la cualitativa, pero por vez primera hay un mosaico de religiones y opciones en toda España, un pluralismo creencial palpable desconocido hasta hoy.

Una de las mayores innovaciones consiste en el establecimiento de un tenso diálogo abierto entre la Iglesia (sobre todo a través de la Conferencia Episcopal) y una opinión pública que una y otra vez discrepa de sus criterios. Aunque goza de no poca deferencia en muchos ámbitos, la Iglesia se encuentra, completada hoy nuestra transición cultural, ante una opinión laica o secular que, liberada ya de todo anticlericalismo, pone en tela de juicio cortésmente su doctrina. La Iglesia se halla así en una situación de diálogo civilizado, insólita para ella. Debe responder a una variedad de posiciones divergentes, desde las expresadas por asociaciones que favorecen la eutanasia —Asociación para el Derecho a Morir Dignamente— hasta las de intelectuales defensores vigorosos de una ética laicista y universalista. Su propia cultura cubre ahora un espectro que va desde las posiciones más integristas —representadas por agrupaciones como la del Opus Dei, tan hispánica en sus raíces, contra la opinión equivocada de que representa una «ética protestante» dentro del catolicismo modernizador— hasta las más radicales y de izquierdas, de cristianos socialistas o socializantes. Ella misma presenta, pues, un muy considerable grado de complejidad y hasta de pluralismo interno.

e) *Las identidades étnicas hispánicas.* El fervor nacionalista ha sustituido entusiasmos regionales, religiosos e ideológicos de ayer. En España, tradicionalmente, cada cual entendía la entidad política más general a través de su

colectividad, lengua o dialecto y sus lealtades al terruño, pueblo o comarca. Las masivas migraciones interregionales, el éxodo rural y la urbanización han trastocado para muchos estas lealtades locales, y exacerbado para otros, al mismo tiempo, sus temores a la disolución de la propia comunidad étnica.

La fórmula política algo federalizante en cuyo marco vivimos desde 1977 ha de tener efectos de reforzamiento o hasta de recuperación étnica, lingüística, regional o de nacionalidad, sobre todo para etnias como la vasca, la gallega o las tierras de habla catalana. Sin embargo, la fuerza de homogeneización que poseen los medios de comunicación masivos, los transportes y la movilidad geográfica de la ciudadanía en general, unidas a las potentes ideologías «españolistas» (a diestra pero no ausentes a siniestra), serán decisivas para el resultado final. Además, junto al proceso —a veces oculto— de la «españolización» de cada región o nacionalidad periférica, se está produciendo otro de convergencia cultural con otros países europeos. Hay, pues, una superposición de corrientes.

En España, el mantenimiento de las peculiaridades lingüísticas o étnicas locales solía depender de la debilidad o ineficacia de las fuerzas centrales homogeneizadoras. Hoy depende mucho más de la acción decidida de los diversos mesogobiernos españoles con sus políticas educativas y de normalización lingüística, como sucede en Cataluña o como, bajo el gobierno local del Partido Popular, no ocurre en Valencia. España posee un orden estatal que trata de compatibilizar los principios de unidad y diversidad territorial, puesto que poseemos una urdimbre etnoterritorial asaz semejante a la de países, como la Gran Bretaña, que están menos federalizados. (A pesar de los parlamentos escocés y galés, inaugurados en 1999.)

LA TEXTURA DE LA CULTURA EN ESPAÑA

En medio siglo se ha consumado el tránsito de una sociedad en gran parte rural, de pequeños productores independientes, agricultores y artesanos, a una sociedad urbana de asalariados y consumidores. Nuestra tierra ha pasado de ser un país en el que la mayoría vivía en comunidades reducidas donde todo el mundo se conocía —nuestro pueblo mismo lo reconocía como universo de patrias chicas— a una sociedad plenamente motorizada, urbanizada (el 80% de nuestra población), escolarizada (con más de millón y medio de estudiantes universitarios para más de 40 millones de habitantes), con una larga esperanza de vida y una cultura mediatizada por los medios. Las diferencias entre campo y ciudad se han atenuado, primero, y transformado, después, en colonizaciones urbano-campestres. La cultura española señorial, caciquil y clerical ha fenecido, por mucho que queden restos (más o menos reconvertidos o adaptados a la modernidad) en lugares como Galicia. Allí también, como se demostró en el 2003 a raíz del desastre ambiental, la movilización ciudadana adquirió rasgos de modernidad impensables antes.

Al compás de todos estos cambios, tanto la concepción de la intimidad como la de la vida pública se han transformado. La diversión y el ocio han sufrido una metamorfosis. Las fiestas y romerías populares, el pasatiempo del chisme y del fisgoneo, la tertulia al amor de la lumbre, la charla de los vecinos tomando el fresco, el corro de mujeres en el lavadero público, el de traficantes ganaderos en el mercado —que subsistían bien durante gran parte del siglo XX—, han dado paso a modos de solaz y holganza con un contenido totalmente diverso, consumista, mediático y manipulado por las empresas de la diversión. Alcanza su madurez una segunda generación cuyas vivencias culturales han sido conformadas por una industria del entretenimiento apenas distinta de la que prevalece en el resto del mundo occidental: el macroconcierto de *rock*, la efervescencia de la discoteca, el acceso al transporte fácil, al alcohol o a la droga, al sexo accesible, al deambular con la litrona o a la euforia nocturna y callejera del llamado botellón; a la fuerza anuncian la aparición en un futuro inmediato de una mentalidad de indiferencia moral en sectores muy amplios de la sociedad, que contrasta fuertemente con la intensificación, en otros sectores, de una cultura de la solidaridad cívica y la preocupación altruista, plasmada en la proliferación de asociaciones cívicas voluntarias. Éstas, a su vez, indican la afloración de una cultura política moral distinta de la estrictamente partidista.

Hay una doble propensión al ocio y al consumo. El hecho de que para la mayoría de los asalariados el trabajo sea un proceso repetitivo, que carece de sentido como no sea para ganarse su sustento, crea una insatisfacción que trata de ser paliada por el consumo masivo de bienes y servicios tras la jornada laboral o durante las prescriptivas vacaciones. El ocio se ha comercializado y es, ante todo, una industria que produce pingües beneficios. Vive del tiempo libre de nuestros conciudadanos. Jornadas de ocho horas, fines de semana, puentes, vacaciones pagadas de verano, Navidades y Semana Santa, jubilaciones prontas, son conquistas sociales que han sido ocupadas con actividades de ocio cada vez más programadas, cuyos costes son crecientes. Esta tendencia a la explotación económica del esparcimiento general tiene, incluso, su correlato en la escuela y en el recreo de los niños, a quienes se les hurtan los juegos espontáneos de antaño para pasar a ser programados por maestros, animadores culturales y monitores a veces sumidos en peregrinas pedagogías. (Así como por la televisión, que bombardea con programas de dibujos animados a la hora del desayuno, antes de que los niños salgan a la escuela. El proceso de socialización de un sinnúmero de niños españoles pasa ahora por un desayuno apresurado ante el televisor, que descarga su publicidad sobre los pequeños consumidores en potencia. Los alarmantes datos de audiencia son irrefutables.) El folclore infantil sucumbe así atenazado entre la televisión y el monitor.

Una de las manifestaciones más descollantes de la comercialización del ocio son los viajes organizados y el turismo masivo. Si bien en España el consumo de viajes turísticos durante las vacaciones se halla todavía lejos de alcanzar a casi la totalidad de la población, en los últimos años se ha dado un nota-

ble incremento del turismo interior y exterior. Sin embargo, al ser España uno de los países con mayor tradición y oferta turística, los españoles somos buenos conocedores de un fenómeno cuyos efectos sobre la evolución de nuestra mentalidad y costumbres, hacia una mayor sintonía con los valores europeos occidentales, aún no se han ponderado suficientemente. Se nota una tendencia hacia los viajes con destino a países lejanos e hipotéticamente exóticos, tradicionalmente reservados a las clases altas y hoy al aparente alcance de cualquier bolsillo. Pero ese exotismo es a veces espúreo: el turismo (más o menos sexual) a Cuba y el dirigido a Cancún u otros lugares semejantes sólo engendra banalización.

La descomposición de la cultura lúdica tradicional ha sido consumada por el deporte. (Y también por nuevas actitudes morales: así, se deja sentir ya un movimiento de hostilidad a las corridas de toros.) Aunque aumenta mucho el deporte participativo, el mediático invade el espacio público —en radio y prensa, por ejemplo— en mayor medida que en otros países comparables. Los españoles parecían reacios a entrar en el universo del gimnasio, el ejercicio gimnástico, y preferían la hoy agonizante tertulia (salvo su sucedáneo mediático), el hoy fenecido paseo y otros modos de convivencia civilizada. Ahora su culto al cuerpo y a trotar con chándal por doquier ha transformado su visión del ejercicio, si bien la mayoría se aferran al peligroso tabaco con igual brío con el que antaño se aferraron a sus capas y atuendo, hasta el punto de armar un motín como el de Esquilache. Tal vez no hayamos mudado tanto.

Por fuerza, todo ello ha de socavar los juegos tradicionales del país —de los cuales sólo uno, la pelota vasca o jai alai, ha conseguido trascender las fronteras— y, sobre todo, la tauromaquia como espectáculo y «fiesta nacional». La reconducción del nacionalismo hispano por la vía deportiva mediática ha sido muy intensa, y halló su gran confirmación con las notables victorias hispanas en las Olimpiadas de Barcelona en 1992. La irrupción de España como una de las potencias mundiales deportivas —por ejemplo, en el tenis— ha introducido un elemento insólito en el panorama cultural del imaginario popular del país.

Las horas que la familia española pasa ante el televisor o el vídeo, aún menos que las de los norteamericanos, se incrementarán con los cambios que se están realizando ya en el mundo de la industria y tecnología audiovisuales. Con el aumento de la oferta que ha supuesto el advenimiento de la televisión privada, tras luengos años de patético monopolio público, así como de la televisión por cable o satélite y, sobre todo, con el auge de la industria del vídeo, la teledicción y la videodicción ganan nuevos adeptos y el hogar continuará siendo uno de los recintos privilegiados para el consumo de este pasatiempo pasivo. Vamos de momento algo en zaga en lo que se refiere a españoles conectados a Internet (frente a Italia o Francia) o dotados de teléfono móvil, pero su ritmo de crecimiento es superior al de otros países comparables, con lo cual los nuevos modos de convivencia indirecta y telerrelación interpersonal avanzan a pasos agigantados.

La proliferación de automóviles privados, junto a una red de autovías y caminos muy satisfactoria, han fomentado la adquisición masiva de residencias secundarias, con lo que han transformado nuestros hábitos y concepción de la vida cotidiana, del tiempo y del espacio, amén de provocar repercusiones ambientales adversas. Las costumbres de la vida urbana, no ha mucho recién adquiridas para muchos, repercuten sobre el campo, donde las pervivencias comunitarias son cada vez más exiguas. Así, el veraneo y las vacaciones a campo y playa han producido un efecto parecido sobre sus habitantes al que el turismo tuviera otrora sobre la mentalidad española. La destrucción inmisericorde de costas, pueblos y paisajes ha embrutecido la inteligencia estética de la ciudadanía de un modo excepcional.

FELIX HISPANIA?

La tardía instauración de la democracia parlamentaria en España, entre 1976 y 1979, no fue un hito más dentro de una historia moderna llena de fracasos y vaivenes, de impotencias, esperanzas frustradas e ilusiones perdidas. Fue mucho más. A la vista de la profunda mudanza, algunos de cuyos rasgos culturales he señalado, se constata que tal instauración significó algo mucho más serio. Fue el fin de toda una era para el país y el comienzo de otra, muy distinta. El largo período histórico que con ello acabó para siempre se extendió desde la caída del Antiguo Régimen, con la invasión napoleónica y el alzamiento popular contra ella en 1808, hasta el fin de la dictadura franquista surgida de la guerra civil en 1939. Fue aquélla la época de la expansión demográfica, la inacabable pérdida imperial —las últimas colonias ultramarinas se emanciparon entre 1955 y 1975—, del fracaso de las revoluciones científica e industrial, de los grandes enfrentamientos fratricidas, de las «dos Españas», de las luchas frontales de clase, religión e ideología, es decir, de las dos culturas. Ahora no hay dos, sino una amalgama.

Con un pasado de tal cariz, las carencias y dificultades que aún están presentes en la sociedad española son claras y preocupantes. Hay demasiada desidia e ineficacia administrativas, precariedad de ciertos transportes, un frecuente bajo nivel educativo o preparación profesional y, a pesar de muy notables avances científicos e intelectuales, la transición completa al nivel de avance que merece una civilización como la nuestra en estos campos no acaba de realizarse. No faltan hábitos clientelistas y de favoritismo en la vida pública, sin excluir los casos de corrupción política que han sorprendido y desazonado a gentes esperanzadas en la democracia (pero a los que con frecuencia ha respondido la justicia como era de rigor hacerlo), desatención a los excluidos y marginados, y así sucesivamente. Ante todo ello, es evidente que cualquier argumentación que quisiera negar la plena entrada de España en una modernidad decente y aceptable hallaría abundante munición.

Sin embargo, es imposible no hacer hincapié en la modernización de

muchas actitudes y hábitos de los españoles de hoy que reflejan esa incorporación: somos con frecuencia más puntuales, menos fatalistas, menos pacientes frente a la ineficacia o la chapuza (y, a menudo, más eficaces y profesionales), más serios como empresarios, médicos, técnicos y juristas que antaño. Los magistrados encarcelan hombres públicos corruptos. Muchos hombres son menos machistas que antaño y la integración de la mujer en la vida social, insatisfactoria aún, no cesa de aumentar. (La indignación ciudadana contra la violencia de género muestra que cada vez estamos menos dispuestos a aceptar la barbarie doméstica, lo cual enriquece en este sentido al menos nuestra cultura moral.)

Cualquiera puede dar ejemplos constantes en contra de mi argumento en favor de la noción de la transición cultural consumada. Siempre es así cuando se produce una transición de un mundo a otro. Quien no quiera vernos como gentes modernas siempre podrá aludir a nuestra actitud recalitrante ante lo que en otras sociedades plenamente modernas no sucede: la estridencia y el ruido que agobia a nuestras ciudades; la indiferencia popular ante informaciones fehacientes de los daños que para la salud produce, como he señalado, el tabaco; la suicida despreocupación con que nuestros automovilistas se lanzan a la carretera; la insolencia y mala educación de unas gentes antaño conocidas por sus buenos modales. Las depredaciones de aventureros financieros y la corrupción periodística recuerdan algún mal momento de la II República, cuando no son aún peores. Todo esto tiene su paralelo en otros países civilizados, pero ello no lo justifica. Mal de muchos es sólo consuelo de tontos.

Reconocer estos males —y muchos más— no permite negar que el país haya dejado realmente atrás un largo período histórico, del que la última dictadura, cada vez más lejana, no fue sino su culminación. Fue el último esfuerzo de una España negra y retrógrada por frenar la historia y el deseo de sus hijos por convivir de modo más decente y tolerante. Dígolo a sabiendas de que debería matizarse esta afirmación. Ningún bando estuvo libre de mácula.

Definir la era que alborea es, pues, tarea ardua. Faltan elementos de juicio. Sabemos que el ritmo de nuestra población indica que ha finalizado ya la transición demográfica a la modernidad, hasta el punto en que somos hoy el país occidental que menos hijos tiene; que nuestras estructuras familiares y de convivencia primaria se han modificado radicalmente; que las asociaciones voluntarias, muchas de ellas altruistas, por un lado, y el individualismo, por otro, se han incrementado; que el nivel de consumo, salud y bienestar físico han crecido, a pesar de la aparición de nuevas enfermedades y dolencias; que la cultura política predominante es la de la democracia liberal, mientras que la violencia y el extremismo han quedado confinados a zonas dolorosas de nuestro universo político, sin lograr destruirlo. Sabemos también que los ciudadanos de regiones enteras (Andalucía, sin duda) muestran hoy un grado de satisfacción con sus vidas y convencimiento de que las cosas del país han mejorado sustancialmente que ni el más sano escepticismo ante las encuestas sociológicas debería escamotear. Ello refleja la percepción que tiene mucha gente del cómo ha

cambiado, para bien, la vida que antaño nos caracterizaba. Es más que posible que en cuanto nos acostumbremos a lo que hemos logrado (o nazcan y crezcan en medio de ello quienes no han visto tiempos peores) estos juicios tan favorables a la situación de hoy dejen de ser predominantes.

Desconocemos a dónde nos llevará la presente mudanza, ni cuánto durará la bonanza relativa en la que estamos instalados (con las debidas salvedades) desde 1975, por dar una fecha significativa, aunque haya ahora señales de estancamiento, dada nuestra inserción plena en la economía mundial. Sería insensato aseverar que nos espera un largo período de estabilidad dentro de tal bonanza porque el vendaval de innovaciones, crisis y enfrentamientos bélicos cruentos a que se halla sometido el mundo de hoy nos afecta de lleno. Es más, participamos en él. Tal vendaval ya se ha cobrado muchas víctimas en nuestro país, como ha sido en el caso del paro, que ha sido consecuencia en gran medida de las tendencias modernizadoras en las que hemos entrado sin ambages: en aras de la productividad hemos lesionado de muchas maneras a muchísimos conciudadanos. Tan sólo sabemos con certeza que los españoles se hallan, sépanlo o no, en medio de una encrucijada histórica.

España ha salido de una larga época con características muy precisas —a pesar de sus múltiples altibajos y vaivenes— y ha entrado ya en otra, de distinto signo, ritmo de mudanza y, sobre todo, modo de relación e incorporación al mundo que nos rodea y penetra. Del aislamiento a la interpenetración entre pueblos —la inmigración cambia ya la faz de este solar nuestro—, de la segregación internacional a la integración europea, de la separación a la interdependencia, he aquí algunas de las transiciones en las que moramos. En tales condiciones, no es posible otear el porvenir español como algo separado del mundo. Ni predecir que en esa incorporación al mismo residirá la solución y nuestra felicidad colectiva. La *Hispania infelix* de ayer, endémica en su desdicha, nunca carente empero de grandeza, capacidad creativa y aportación universal al arte y al saber, ha fenecido. A lo sumo, agoniza sin alharacas, socavada por la modernidad irrefrenable. No obstante, asegurar el advenimiento de una *Hispania felix* que la sustituya es poco recomendable. Más sensato parece llamar la atención de nuestros conciudadanos al hecho de que la dirección del futuro colectivo está más en nuestras manos de lo que parece. La crisis ecológica, por ejemplo, la hemos creado nosotros con nuestra civilización industrial y somos nosotros, con un acto de voluntad moral y política, quienes podemos resolverla sin más.

Aunque se ha tildado a los españoles de fatalistas, la verdad es que ningún pueblo europeo ha creído con mayor fe que el nuestro en las virtudes de la voluntad, en la existencia de la culpa y la responsabilidad individual y en la relatividad de las fuerzas ciegas de la historia. Es precisamente en esta encrucijada histórica de hoy cuando conviene recordar que los vaticinios que puedan elaborarse para la humanidad no dependen de una naturaleza incomprensible, ni de una providencia ultraterrena, ni de unas inescrutables leyes históricas. Dependen, en buena medida, de lo que hagamos nosotros con nuestro mundo

humano. Y, en nuestro caso, dependen de lo que hagamos los españoles con nuestro destino compartido, fruto siempre agrídulce, puesto que de algo español se trata, de nuestras propias obra*.

ABSTRACT

This paper analyses what its author calls the «Spanish cultural transition», which has occurred during the last decades that coincide with the lifetime of the *REIS*. This is a transition that shows close affinities of choice with political, demographic, economic, and socio-structural transitions simultaneously sustained in this country. Also verified in this paper is the nature of secularization, shifts of attitudes and beliefs, the ambiguities of latter modernisation of Spanish society and trends, both convergent and divergent, shared with the rest of European nations. Besides this, suggestions of some possible features of the Spanish cultural future are hinted at.

* *Agradezco al Profesor Ricardo Montoro, Presidente del CIS, así como a Jaime Luis Peón Pérez, Director de Publicaciones y Fomento de la Investigación, que me hayan invitado a participar en este número 100 de la REIS con las reflexiones precedentes. He tenido el privilegio de colaborar durante mucho tiempo con la REIS, en la que además he trabajado durante varios años como miembro de su Consejo de Redacción.*

Dada la naturaleza de mi escrito, me he abstenido de incluir aparato bibliográfico y notas. No obstante, querría referirme aquí a alguna otra publicación mía en torno a cuestiones de cultura española, en la que el lector hallará desarrollos y matizaciones ausentes en el presente ensayo. Adviértase que éste, a pesar de ser solamente un esbozo, no cubre aspectos que merecerían mayor atención. (Por ejemplo, no se explora la cultura científica y filosófica española, y se ignora el clima intelectual del país, componentes ambos cruciales de nuestra cultura.) La necesaria brevedad del escrito me ha impuesto esta servidumbre.

He comentado la ruptura de la cultura española con su pasado en uno de los ensayos introductorios al libro de Francisco Rico, Historia crítica de la literatura española (vol. 9), «Final de siglo: la España posible» (Barcelona: Crítica, 1992) (título original: «Ya no vuelve el español donde solía», Las Nuevas Letras, n.º 3-4, 1985). También se desarrollan algunos argumentos en mi ensayo «España en la encrucijada», en S. Giner (comp.), España: Sociedad y política (Madrid: Espasa Calpe, 1990), cap. I. Para el caso catalán, cf. S. Giner, L. Flaquer et. al., La cultura catalana: el sagrat i el profà (Barcelona: Edicions Península, 1996). Para mi análisis de la transición cultural religiosa del país, cf. R. Díaz Salazar y S. Giner (comps.), Religión y sociedad en España (Madrid: CIS, 1993).
